

Algunos apuntes sobre el Centro de Estudios Puertorriqueños (CUNY) y el
Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP) en la historia de
los estudios culturales puertorriqueños

Leyda Vázquez Valdés
Universidad de Puerto Rico-Río Piedras

RESUMEN

La histórica colaboración entre el Centro de Estudios Puertorriqueños en Nueva York (CUNY) y el grupo de intelectuales que formó el Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP) –colectivos hermanados por casi quince años– transformó en Puerto Rico, a partir de la década del '70, el modo de estudiar y escribir la historia del país y de los emigrantes puertorriqueños en los Estados Unidos. Ambos fueron piezas claves para la nueva historiografía, marcada, entre otras corrientes teóricas, por los textos marxistas. Las investigaciones que se llevaron a cabo en ambos centros cuestionaron todo pensamiento que hubiera marcado un hito en la historia de los puertorriqueños, tanto en la Isla como en la diáspora. Como consecuencia, la Historia –como se conoce en el discurso de la modernidad– se estudió y revisó con énfasis en los procesos sociales que suelen ser dinámicos y heterogéneos y no como aportación de algunos elegidos cuyos discursos resultaron excluyentes y totalizantes. A continuación se ofrece un panorama general sobre la trascendencia de los debates generados por estos centros.

ABSTRACT

In the 1970's the Center for the Puerto Rican Studies in New York (CUNY) and El Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP) were created through hard intellectual work. Their investigations changed the course of the Puerto Rican historiography forever, mainly using theories based on historical materialism, so representative of Marxism. For these intellectuals, –the ones living in the island as well as the ones established in New York City– the main objective became to defy and question the traditional concepts that guided Puerto Rican society until then, and to revise, and update, according to the new theories, their disciplines which were mainly Social Sciences, History and Literature. This paper pretends to outline the contributions this two collectives –associated for fifteen years– made for the history of Puerto Rican studies in the island and in United States as well.

Palabras clave:

Centro de Estudios Puertorriqueños (CUNY), Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña, CEREP, historiografía puertorriqueña, *Del Cañaverol a la fábrica*, sociología de la denuncia, Juan Flores, Ángel Quintero Rivera.

Keywords:

Center for the Puerto Rican Studies in New York (CUNY), Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña, CEREP, Puerto Rican historiography, *Del Cañaverol a la fábrica*, sociología de la denuncia, Juan Flores, Ángel Quintero Rivera.

Algunos apuntes sobre el Centro de Estudios Puertorriqueños (CUNY) y el Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP) en la historia de los estudios culturales puertorriqueños¹

Durante las décadas de los '60 y '70, los estudios tradicionales de historiografía y crítica literaria fueron reemplazados por una mirada crítica que respondía, entre otros sucesos sociales, al movimiento de los derechos civiles, las luchas estudiantiles, el movimiento de liberación femenina, la guerra de Vietnam y las protestas por el servicio militar obligatorio. Luego de la presión ejercida a instituciones consagradas de los Estados Unidos –a través de organizaciones como los *Young Lords* y los *Black Panthers*–, algunas universidades de la nación decidieron crear departamentos especializados en estudios culturales de minoría, o estudios étnicos, como también se les llamó. Nacieron entonces nuevos programas académicos dirigidos a los estudios chicanos, afroamericanos, latinoamericanos y puertorriqueños, siendo este último el que nos compete. Para 1970 los estudios culturales puertorriqueños ya existían en lugares como la Universidad Estatal de Nueva York en Buffalo² y Lehman College, recinto independiente de City University of New York o CUNY.

Esta nueva área de estudio no se instituyó con el propósito de perpetuar la visión tradicional que se tuvo por años en Puerto Rico sobre su historia y cultura, la cual se consideraba mayormente europea, de protagonistas masculinos, intrínsecamente hispanoparlante y limitada a su geografía isleña. Puerto Rico como los Estados Unidos, formó parte de, “... un espíritu iconoclasta respecto a todo lo tradicional –incluyendo las áreas tradicionales de estudio...– espíritu que había contagiado a la juventud del mundo

entero”,³ lo que implicaba una seria resistencia de las preconcepciones del orden establecido hasta el momento.

A este ánimo de rebeldía global se sumó en Puerto Rico la frustración que implicó el fracaso del proyecto social y económico Manos a la Obra⁴, el cual se presentó a los habitantes de la Isla como un “milagro económico” y al final obligó a más de un tercio de la población a emigrar hacia los Estados Unidos. Arcadio Díaz-Quñones, en su ensayo “Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica del treinta”,⁵ menciona algunos de los fenómenos sociales que comprobaron la fractura de aquel nuevo orden impuesto. Pueden enumerarse: la debilidad productiva, la disminución de empleo y de la población activa, el estancamiento de las instituciones educativas y culturales y la corrupción política. El estudioso añade:

En el nuevo clima de crisis, todas las “verdades” se hacen “sospechosas”. La crisis del llamado modelo puertorriqueño ha alentado la búsqueda de nuevas respuestas. Ha estimulado asimismo el cuestionamiento y la confrontación de los códigos que permitieron el funcionamiento de los discursos dominantes. Ha dinamizado la literatura y la historiografía puertorriqueñas. (Díaz-Quñones17)

De esta manera, y ante la crisis, la cultura puertorriqueña se convirtió en objeto de cuidadosa revisión para colectivos como el Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP), en Puerto Rico, y el Centro de Estudios Puertorriqueños en Nueva York.

El CEREP comenzó en 1970 inspirado intelectualmente por la Escuela de los Annales de Braudel en Francia y por teorías latinoamericanas como las desarrolladas en la Escuela de la Dependencia. En sus orígenes estuvo compuesto por un nutrido grupo de intelectuales que en su mayoría estudiaron fuera de la Isla –principalmente en Europa– y

apenas terminaban sus tesis doctorales en áreas como las ciencias sociales, historia o literatura. Los nuevos investigadores se comprometieron a revisar sus disciplinas y a cuestionar cualquier pensamiento que hubiera marcado un hito en la historia de los puertorriqueños.

Entre los miembros fundadores del CEREP pueden mencionarse a Ángel Quintero Rivera, Marcia Rivera, José Joaquín Villamil, Rafael L. Ramírez y Rafael Irizarry; muy pronto se unirían Gervasio García, Andrés Ramos Mattei, Fernando Picó, Isabelita Picó, Arcadio Díaz-Quñones, Silvia Rivera Viera, Juan José Baldrich, Guillermo Baralt y Ricardo Campos, entre otros. A los intereses de este colectivo se integraron en apoyo dos intelectuales que aunque no tan jóvenes, estuvieron en completa solidaridad con el proyecto: Frank Bonilla, intelectual Nuyoricán, y José Luis González, escritor puertorriqueño radicado en México.

El CEREP no formó parte de una institución académica, no poseía una agenda política, ni se fundamentó en una sola ideología, aunque muchos de sus miembros conceptuaban sus trabajos desde el materialismo histórico representativo del marxismo. Sus integrantes compartían un mismo propósito revisionista, por lo que convocaban reuniones para discutir sus investigaciones entre sí en busca de nuevos enfoques. Fue un espacio de intercambio intelectual ideal, de búsqueda y cuestionamiento de la Historia oficial, sobre todo de las entrelíneas y los silencios.

Así, el espacio que dejó el quebranto del modelo muñocista⁶, quedó libre para nuevos discursos y nuevos proyectos. Se convirtieron en una nueva promoción de intelectuales que formó parte de lo que el escritor Rafael L. Ramírez llamó en su libro

*Del cañaveral a la fábrica*⁷ el movimiento *más allá de la denuncia*. A diferencia de sus antecesores, como Manuel Maldonado Denis, José Luis González y César Andreu Iglesias, entre otros, quienes sólo quedaron en una *sociología de la denuncia*,⁸ los nuevos académicos mostraron una genuina preocupación por el análisis riguroso y el uso de fuentes primarias en la investigación. Para ellos, “[l]a historia que se nos ha dado como nuestra no es nuestra historia, sino la mitología de una clase social”.⁹

Desde la primera página de la *opera prima* del colectivo se declara:

Queremos romper con la falsa dicotomía de la objetividad y el compromiso. Intentamos adentrarnos con todo el rigor metodológico en la comprensión de la realidad puertorriqueña, en la comprensión de sus interacciones y la dinámica de sus procesos sociales y culturales [...]. (Quintero Rivera 1)

No sólo se plantearon interrogantes más atinadas y pertinentes, según manifestó el antropólogo norteamericano Sidney Mintz en 1979,¹⁰ sino que presentaron nuevas interpretaciones sobre la historia y la cultura puertorriqueñas, con gran poder explicativo y de considerable valor heurístico. Rafael L. Ramírez numera las inquietudes de quienes fueron *más allá de denuncia*:

Las preguntas que ellos plantean están dirigidas a entender factores tales como: la historia económica, la estructura de clases, la trayectoria histórica de las clases sociales y los conflictos de clase, el desarrollo del modo de producción capitalista, la historia del movimiento obrero y la emigración de las clases trabajadoras. También se interesan en el estudio de la ideología y cómo ésta se manifiesta en la cultura obrera, los partidos políticos, las instituciones sociales, las artes, la literatura y en las representaciones colectivas de los puertorriqueños. (36)

Asimismo, en los Estados Unidos emergía, en 1973, con un colosal espíritu crítico, revisionista y de justicia, el Centro de Estudios Puertorriqueños de City University of New York (CUNY), enfocado en las comunidades de puertorriqueños en

esta ciudad. Nació precisamente de las luchas que libró esta comunidad de emigrantes. Su objetivo fundamental consistió en documentar y analizar aspectos sobresalientes de la experiencia nacional puertorriqueña y articular nuevas aproximaciones críticas en sus aspectos histórico, político y cultural.¹¹

El profesor e investigador Frank Bonilla¹² fue el miembro fundador del Centro (CUNY). A parte de ser uno de los primeros intelectuales Nuyoricans con estudios formales, –pues obtuvo su doctorado en sociología de la Universidad de Harvard– también se destacó como activista social, comprometido a promover la investigación y la preparación académica, no sólo entre los puertorriqueños, sino también entre los latinoamericanos en general.¹³ También formaron parte de este colectivo, profesores puertorriqueños procedentes de ambas orillas; es decir, algunos académicos nacidos o criados en los Estados Unidos y otros que viajaron desde la Isla para integrarse a éste.¹⁴ Sin embargo, en muy poco tiempo comenzaron a surgir diferencias significativas al acercarse a su objeto de estudio: los emigrantes puertorriqueños de Nueva York. A los intelectuales que viajaron desde Puerto Rico se les hacía imposible comprender la realidad del puertorriqueño en los Estados Unidos, pues su conocimiento de los procesos sociales y culturales de esta comunidad era casi nulo. Hubo quienes, inclusive, nunca llegaron a acostumbrarse al entorno social que implicaba la clase trabajadora nuyorkina puertorriqueña. El galardonado ensayista Nuyoricano Juan Flores, y uno de los miembros fundadores del Centro

CUNY, recuerda, por ejemplo, la experiencia de un intelectual en particular,¹⁵ quien aparentemente nunca abandonó sus visiones elitistas, clasistas y sexistas, y a quien los estudiantes de la institución le pidieron su renuncia. Comenta Juan Flores al respecto:

Él no podía entender “esa gente puertorriqueña” que no hablaba bien el español, que estaba en la calle, que se identificaba como negro o que *jangueaba* con afroamericanos, que no tenía educación, que no sabían quiénes eran Luis Lloréns Torres o Palés Matos. No sabían nada de eso y [él] pensaba: “¿Cómo pueden ser puertorriqueños? ¡Eso es una traición a nuestra cultura! [...] En vez de estar en la calle, ¿por qué no se ponen a leer un libro?” Sin embargo, yo era de una formación muy distinta, por eso choqué con alguna gente. (Entrevista 23)¹⁶

A mediados de los años ‘70 en el Centro CUNY se llevaron a cabo varias sesiones de estudio –que incluía a todo el personal del Centro; tanto investigadores como al personal administrativo– las cuales giraron en torno a numerosos temas de interés. Entre ellos, las lecturas de Karl Marx, Mao Tse Tung, Vladímir Lenin, Louis Althusser, Max Weber, Immanuel Kant, la Escuela de Frankfurt y John Hobbes, por mencionar algunos. Los investigadores del Centro se organizaron en cinco comités investigativos con tres unidades de apoyo. Éstos se reunían para consultar y discutir las investigaciones que llevaban a cabo, así como el trabajo comunitario que ejecutaban como parte de sus labores en el Centro. Los miembros de este colectivo, entre los que para esta fecha se encontraban Juan Flores, Frank Bonilla, Ricardo Campos, Pedro Pedraza y Félix Cortés, reconocían la necesidad de complementar y respaldar las acciones sociales y políticas con conocimientos teóricos; una clara manifestación del lema de la institución *Aprender a Luchar, Luchar es Aprender*¹⁷.

Y así, a partir de la fundación del CEREP y del Centro de Estudios Puertorriqueños en Nueva York, la academia experimentó una transformación

significativa en el modo de analizar y de escribir la historia de Puerto Rico, tanto en la Isla como en los Estados Unidos, que incluiría además la historia literaria. Estos colectivos, hermanados por casi quince años, lograron construir una nueva historiografía marcada, entre otras corrientes de pensamiento, por las teorías marxistas.¹⁸ Se relegó, por tanto, el procerato (o fijación en los próceres), para apearse más bien a las concepciones que destacan el orden económico de la sociedad, como las clases sociales. Las investigaciones que se llevaron a cabo, tanto en Nueva York como en Puerto Rico, asumieron un enfoque distinto al propuesto en décadas anteriores. La Historia, como se le conoce en el discurso de la modernidad, se estudió y revisó con énfasis en los procesos sociales que suelen ser híbridos, dinámicos y heterogéneos dentro del contexto del radicalismo socialista, y no como aportación de algunos elegidos cuyos discursos resultaron excluyentes, abarcadores, homogeneizadores y totalizantes. Como resultado, los principales protagonistas del nuevo panorama historiográfico serían de otro tipo: obreros, antiguos esclavos, campesinos y mujeres.

En cuanto a la literatura puertorriqueña, se reconoció la importancia de destacar escritores que anteriormente se omitían o aparecían en un segundo plano, sobre todo dentro de las obras consagradas de la llamada Generación del '30.¹⁹ En la década del '50 Manrique Cabrera publicó *Historia de la literatura puertorriqueña*²⁰ al que la escritora Carmen Vázquez Arce considera el texto fundamental de la historiografía del treinta y la obra constitutiva del debate cultural puertorriqueño. Como seguidor de los valores treintistas, Cabrera contribuyó a la construcción de una concepción unitaria de la

identidad puertorriqueña y, resalta del libro, entre otros detalles, la utilización de la biografía ilustre como su principio organizador.²¹

Sin embargo, en 1970 se rompería con esto; comenzaron a aparecer las publicaciones de escritores marxistas que dialogaron, o mejor aún, se enfrentaron, a los discursos de la élite intelectual de los años '30 en la Isla, o *ciudad letrada*,²² como prefiere llamarle Arcadio Díaz-Quñones. En el proceso de revisión de la literatura puertorriqueña se destacaron los nombres de tres figuras claves: José Luis González, Juan Flores y Arcadio Díaz-Quñones. Los primeros dos se encontraban distanciados físicamente de Puerto Rico, en México y en Nueva York respectivamente, pero aún así estaban involucrados, en su totalidad, en el quehacer intelectual y revisionista del país. Díaz Quñones, sin embargo, comenzaría a escribir desde la Isla, pero, como tantos otros, se vio obligado a formar parte de los intelectuales instalados fuera de la ínsula.

Así, han transcurrido cuarenta años del nacimiento del CEREP, del Centro CUNY y de sus contribuciones a través de sus trabajos investigativos revisionistas. Por medio de la reconstrucción de los recuerdos de una época de trabajo colaborativo intenso, sobre todo durante la década del '70, se propone emular un modelo similar, justo ahora, en que este tipo de intercambio intelectual, como lo conocían estos dos Centros, ha desaparecido. A pesar del choque que implica el junte de puntos de vista distintos, diversas mentes preparadas y comprometidas trabajan y aportan más, y mejor, que una. Al final del día es ir en busca de un diálogo profundo, transformador y pertinente, que pueda reunir a generaciones décadas después, como ha ocurrido en el día de hoy.

Bibliografía

- Centro de Estudios Puertorriqueños-City University of New York. "Notas Históricas." *Guide to the Records of the Centro de Estudios Puertorriqueños* marzo de 2006. Web. 1 de agosto de 2010.
http://www.centropr.org/documents/general_pdfs/Finding_Aids/Centro_Records.pdf
- Díaz, Luis Felipe. "Tránsitos y traumas en el discurso na (rr)acional puertorriqueño del siglo XX." *Globalización, nación, postmodernidad*. Eds. Luis Felipe Díaz y Marc Zimmerman. San Juan y Chicago: LACASA, 2001. 255-280.
- Díaz-Quñones, Arcadio. "Tomás Blanco: La reinención de la tradición." *OP.CIT.* 4 (1988-1989): 147-183.
- . "Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica en la década del Treinta." *Sin nombre* abril-junio 1984: 55-72.
- Duany, Jorge. *The Puerto Rican Nation on the Move, Identities on the Island and the United States*. Chapel Hill and London: University of North Carolina Press, 2000.
- Hernández, Carmen Dolores. *Ricardo Alegría, una vida*. San Juan: Editorial Plaza Mayor, 2002.
- Flores, Juan. *Insularismo e ideología burguesa (Nueva lectura de A.S. Pedreira)*. San Juan: Huracán, 1979.
- Manrique Cabrera, Francisco. *Historia de la Literatura Puertorriqueña*. Río Piedras: Editorial Cultural, Inc.: 1975.
- Mintz, Sidney. "The Role of Puerto Rico in Modern Social Science," *The Anthropology of the People of Puerto Rico*. Ed. Ronald J. Duncan. San Germán: Inter American University Press, 1979.
- Pedreira, Antonio S. *Insularismo, ensayos de interpretación puertorriqueña*. Edición de Mercedes López-Baralt. San Juan: Ediciones Plaza Mayor, 2001.
- Quintero Rivera, Ángel. "Conflictos de clase y política en Puerto Rico diez años después: reafirmación." *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos, y obreros. Las relaciones de clase social en Puerto Rico de cambio de siglo*. San Juan: Ediciones Huracán, 1988. 281-330.

---. *Lucha obrera en Puerto Rico: Antología de grandes documentos en la historia obrera puertorriqueña*. San Juan: CEREP, 1971.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.

Rivera Medina, Eduardo y Rafael L. Ramírez. *Del cañaveral a la fábrica*. San Juan: Huracán-Academia, 1985.

Vázquez Arce, Carmen. "El *Tun tún de pasa y grifería*: ensayo poético y propósito alterno de las voces del '30." *Revista de Estudios Hispánicos* XXII (1995): 269-283.

NOTAS

¹ En busca de fuentes primarias fue necesario entrevistar a dos piezas claves para armar el rompecabezas de la historiografía cultural puertorriqueña, del que existe muy poca documentación; dos investigadores que representan los principales centros de estudios puertorriqueños: Juan Flores, quien contribuyó a la formación de este rompecabezas desde la ciudad de Nueva York a través del Centro de Estudios Puertorriqueños (City University of New York), y el profesor Ángel Quintero Rivera quien lo hizo desde Puerto Rico a través del Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña, mejor conocido como CEREP. Como consecuencia, el siguiente escrito es parte de una mesa que se presentó en el 8vo Congreso de la Asociación de Estudios Puertorriqueños titulada “El Centro de Estudios Puertorriqueños (CUNY) y CEREP en la historia de los estudios sobre la cultura puertorriqueña: Diálogo con Juan Flores, Ángel Quintero Rivera y Arcadio Díaz-Quñones.” Este último, quien estudió la cultura puertorriqueña desde su cátedra en la Universidad de Princeton por los pasados 25 años, se relacionó cercanamente con ambos centros investigativos.

² Carmen Dolores Hernández, en su libro *Ricardo Alegría, una vida* (Editorial Plaza Mayor: 2002) 201, hace un breve, pero significativo recuento –sobre todo en las notas al final del capítulo IV– de la historia de los estudios puertorriqueños en los Estados Unidos, con el propósito de destacar la contribución de Alegría en esta dirección. En el 1970 el Instituto de Cultura Puertorriqueña comenzó un programa junto a la Universidad Estatal de Nueva York en Buffalo que pretendía lograr un intercambio de estudiantes entre ambas instituciones, que incluía conferencias por intelectuales, profesores y escritores invitados de Puerto Rico a la universidad estadounidense. La mayoría de los participantes de la Universidad de Buffalo eran hijos de puertorriqueños emigrados que estaban en busca de tener una experiencia en la Isla.

³ Hernández, *Ricardo Alegría...* 202.

⁴ El llamado proceso de modernización en Puerto Rico se llevó a cabo a través del proyecto económico y social Manos a la Obra, el cual se dio durante el periodo entre los años 1940 y 1968 y fue impulsado por el entonces gobernador Luis Muñoz Marín. En 28 años se transformó la sociedad puertorriqueña agrícola y rural, a una industrial y urbana. Y para lograr esto, el objetivo principal del proyecto se convirtió en atraer a la Isla el mayor número posible de empresas industriales estadounidenses por medio de la Ley de Incentivos Industriales, la cual les garantizaba a los nuevos inversionistas, entre otros beneficios, infraestructura construida a bajo costo por el Estado mismo, garantía de mano de obra barata –el gobierno pagaría el entrenamiento– y exención total del pago de contribuciones por un periodo de diez años que podía extenderse hasta veinticinco.

⁵ Arcadio Díaz-Quñones, “Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica en la década del Treinta,” *Sin nombre* abril-junio 1984: 16.

⁶ Relacionado a Luis Muñoz Marín y a su modelo de industrialización para la Isla: Manos a la Obra.

⁷ Rafael L. Ramírez, “El cambio, la modernización y la cuestión cultural” en *Del cañaveral a la fábrica. Cambio social en Puerto Rico* (San Juan: Huracán-Academia, 1985) 9-54.

⁸ Vale mencionar que este cambio de enfoque en la década del '60 se debió en parte a la apertura de académicos e intelectuales a las corrientes de pensamiento latinoamericano y tercermundista y a la integración del marxismo en el análisis social. Entre otros escritores pueden mencionarse a Manuel Maldonado Denis (mencionado por Ramírez) y a José Luis González a quien Ramírez alude en su sección “Sobre lo cultural”, sin embargo aquí se propone como parte de la sociología de la denuncia como tal por el claro enfoque sociológico en sus escritos.

⁹ Fragmento tomado de *Lucha obrera en Puerto Rico* (San Juan: CEREP, 1971) 5, de Ángel Quintero Rivera –primer libro publicado por CEREP– cuyo prefacio es una especie de manifiesto sobre el propósito de este centro. El CEREP laboró hasta la década del ‘90.

¹⁰ Sidney Mintz, “The Role of Puerto Rico in Modern Social Science,” *The Anthropology of the People of Puerto Rico*, editado por Ronald J. Duncan (San Germán: Inter American University Press, 1979) y citado por Ramírez en *Del cañaveral a la fábrica...* 36.

¹¹ La misión del Centro de Estudios Puertorriqueños (CUNY) aparece en las primeras páginas de *Insularismo e ideología burguesa* (San Juan: Ediciones Huracán, 1980) 7 y lee de la siguiente forma:

El Centro de Estudios Puertorriqueños emerge de las luchas libradas por [esta] comunidad [...]. Su objetivo fundamental consiste en documentar y analizar aspectos sobresalientes de la realidad puertorriqueña, al mismo tiempo que intenta articular nuevas perspectivas y aproximaciones críticas, para el estudio de la experiencia nacional en sus aspectos histórico, político y cultural.

¹² Nacido en los Estados Unidos en 1925 de padres puertorriqueños emigrados de la Isla, sirvió en las fuerzas armadas en la Segunda Guerra Mundial y por invitación, formó parte del Regimiento 65 de Infantería. Allí se dio cuenta de la marcada división entre los soldados insulares y los soldados puertorriqueños nacidos en los Estados Unidos. Al culminar sus años de servicio militar realizó sus estudios universitarios. Tanto su maestría como su doctorado fueron en el campo de la sociología, la primera de la Universidad de Nueva York (NYU) finalizada en 1949 y el segundo de la Universidad de Harvard culminado en 1959. De regreso a Nueva York y con el propósito de responder más eficazmente a las necesidades de los puertorriqueños de esta ciudad, Bonilla creó junto a otros activistas sociales, el Puerto Rican Hispanic Leadership Forum y luego ASPIRA. Entre otros logros, ha trabajado como profesor de sociología en universidades como Massachusetts Institute of Technology, la Universidad de Stanford, City University of New York –fue director del Centro de Estudios Puertorriqueños desde 1973 hasta 1993– y como profesor invitado en la Universidad de Princeton. Ha formado parte de proyectos investigativos sobre latinos en distintos países de Sur América y en los Estados Unidos.

¹³ Según Juan Flores, Bonilla había estado en contacto con un Centro de Estudios en Brazil (el CEBRAP) de enfoque izquierdista, de esta manera el Centro (CUNY) fue una especie de adaptación del colectivo brasileño (tampoco se puede descartar la influencia que pudo haber ejercido en Bonilla el colectivo CEREP). Y a pesar de que Flores no llegó al Centro hasta mediados de la década del ‘70, éste participó en la mayoría de las reuniones del grupo conceptualizador del Centro que se llevaron a cabo en California.

¹⁴ Algunos de los intelectuales que viajaron desde la Isla fueron Manuel Maldonado Denis, Eduardo Seda Bonilla y María Teresa Babín; muchos de ellos fueron integrados al Centro (CUNY) en un principio porque para este momento no existían suficientes miembros de la comunidad de emigrantes puertorriqueños (para quienes realmente se habían creado los puestos académicos) con estudios universitarios formales.

¹⁵ Inicialmente, durante la entrevista que se le hiciera a Juan Flores, éste omitió el nombre del intelectual aquí referido. Sin embargo, comentó que el mismo había publicado numerosos artículos sobre los derechos civiles en Puerto Rico y que había adquirido gran fama a raíz de sus investigaciones. Aunque puede especularse a quién se refiere Flores, preferimos respetar su deferencia inicial.

¹⁶ Esta cita se tomó de la entrevista que se le realizara al doctor Juan Flores el 13 de marzo de 2007 en su oficina como docente de New York University, entre la calle 11 y Broadway en Manhattan. El número de página indica dónde se encuentra la cita en la transcripción inédita.

¹⁷ Esto fue publicado por el Centro de Estudios Puertorriqueños en su página oficial; dentro de la sección “Notas Históricas”: http://www.centropr.org/documents/general_pdfs/Finding_Aids/Centro_Records.pdf. Esta información también la planteó uno de los miembros originales del Centro CUNY, el ensayista Juan Flores.

¹⁸ Véase el capítulo “*Conflictos de Clase y política en Puerto Rico diez años después: reafirmación*” en Ángel Quintero Rivera, *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos, y obreros. Las relaciones de clase social en Puerto Rico de cambio de siglo* (San Juan: Ediciones Huracán, 1988) 281-330; el capítulo “El cambio, la modernización y la cuestión cultural” en Eduardo Rivera Medina y Rafael L. Ramírez, *Del cañaverl a la fábrica. Cambio social en Puerto Rico* (San Juan: Huracán-Academia, 1985) 9-54; y para un recuento sobre la nueva historiografía de la literatura puede verse a Luis Felipe Díaz, “Tránsitos y traumas en el discurso na(rr)acional puertorriqueño del siglo XX,” *Globalización, nación, postmodernidad*, eds. Luis Felipe Díaz y Marc Zimmerman (San Juan y Chicago: LACASA, 2001) 255-280.

¹⁹ La obra más influyente de esta generación en este sentido lo fue *Insularismo, ensayos de interpretación puertorriqueña* de Antonio S. Pedreira. Sobre todo la sección titulada “Alarde y expresión”, donde Pedreira hace un recuento histórico de la literatura puertorriqueña –aprovechando la coyuntura para hacer crítica literaria–, y donde privilegia a unos autores sobre otros y toma en cuenta las contribuciones que al respecto hiciera Salvador Brau en el siglo 19.

²⁰ Francisco Manrique Cabrera, *Historia de la literatura puertorriqueña* 1ra ed. (New York: Las Américas Publishing Co., 1956). Carmen Vázquez Arce, “El *Tun tún de pasa y grifería*: ensayo poético y propósito alterno de las voces del ’30,” *Revista de Estudios Hispánicos XXII* (1995): 269-283.

²¹ Jorge Duany, en su libro *The Puerto Rican Nation on the Move, Identities on the Island and the United States* (Chapel Hill and London: University of North Carolina Press, 2000) resume los valores treintistas de la siguiente manera:

The Generation of 1930 helped to define the contemporary discourse on the Puerto Rican nation, based on five ideological premises: First, this discourse considers the Spanish language the cornerstone of Puerto Ricanness, as opposed to English, which it typically views as a corrupting influence on the vernacular. Second, the Island’s territory is the geographic entity that contains the nation; beyond the Island’s borders, Puerto Ricanness is threatened with contamination and dissolution. Third, the sense of a common origin, based on place of birth and residence, defines Puerto Ricans. Fourth, the shared history of a Spanish heritage, indigenous roots, African influences offers a strong resistance to U.S. assimilation. Fifth, local culture –specially folklore– provides an invaluable source of popular images and artifacts that are counterposed to icons of U.S. culture, avoiding unwanted mixtures. (21)

²² Este concepto fue originalmente propuesto por el escritor chileno Ángel Rama en su libro de ensayos *La ciudad letrada* (Hanover: Ediciones del Norte, 1984). Díaz-Quñones en su ensayo “Tomás Blanco: La reinención de la tradición,” *OP.CIT.* 4 (1988-1989): 157, se refiere concretamente a la comunidad intelectual o élite puertorriqueña (mayormente de la llamada Generación del ’30 y los escritores de la promoción del ’50), quienes legitimaron el poder manejando los lenguajes simbólicos de la sociedad.